



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Joaquín Dicenta.)



—Fui á la Comedia y triunfé,
y... bastante hemos *hablao*,
porque bien claro se ve
que donde está *Juan José*
nadie corta el bacalao.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Todo un don Juan, por Eduardo Bustillo.—Repreñión privada, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Por Dios!, por E. Navarro Gonzalvo.—Mis primeras armas, por Ángel R. Chaves.—La imaginación, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Joaquín Dicenta).—La carrera.—Dos tercetos (seis viñetas).—Mis primeras armas (cuatro viñetas). España cómica: Huesca, por Cilla.



Á mis manos ha llegado el prospecto de una agencia establecida en Madrid que se consagra á múltiples y variadísimos negocios.

Proporciona sirvientes de confianza, devuelve el pelo á los calvos, facilita dinero á precios módicos, plancha camisas con brillo, traduce cartas amorosas

del francés, como el personaje de *El bigote rubio*, de Ramos, y realiza matrimonios en buenas condiciones con sólo abonar una peseta al mes durante un año.

¿Quién por doce pesetas no «obtiene» una señorita aseada ó una viuda limpia?

La agencia está realizando grandes utilidades, y prestando un señaladísimo favor á los solterones que tenían que vivir de huéspedes, sometidos al poder de las doñas Robustianas *sin principio*.

Todos los días hay alguna boda «facilitada» por la agencia, y aun ayer la señorita de Corvejón—que como fea no tiene nada que pedirle á Dios, y es el vivo retrato de un guardia de orden público que parece un cocodrilo,—se casó con un viudo bastante agraciado. Lo único que le afea es la falta de los dos colmillos de arriba y algo de humor erisipeloso que le ha salido en la nariz. Sobre todo, cuando hay humedad se le pone que da pena, y ya ha tenido más de un disgusto por haberle dicho algún guasón: «Eso no es nariz; eso es un langostino».

Pero, en fin, él no es feo del todo, y la de Corvejón puede darse por muy dichosa gracias á la agencia.

El viudo deseaba una esposa en buenas condiciones, y se fué al director para preguntarle:

—¿Es aquí donde se proporcionan matrimonios á doce pesetas?

—Sí, señor, uno con otro.

—Pues yo venía á ver si me caso.

—Perfectamente. Tengo en la actualidad tres señoritas disponibles: una coja, que sabe francés y toca algo la bandurria; otra morena, bastante chata, pero de muy buenos sentimientos, y una rubia, huérfana de madre, y con un papá que está expuesto á que le hagan gobernador civil cuando vuelva el partido liberal.

Esta última circunstancia excitó el interés del viudo, y más al saber que el padre de la chica se llamaba Corvejón y había sido diputado provincial en Guenca.

—Bueno—dijo el aspirante á esposo.—Yo quisiera conocer á esa señorita.

—No hay inconveniente; mañana, á las doce, estará aquí vestida y peinada.

Y á las doce del día siguiente Purita Corvejón entraba, radiante de felicidad, en la sección de matrimonios establecida en la agencia.

El viudo la vió, y no pudo menos de dar un salto.

—¡Demonio! ¡Qué fea es!—dijo en voz baja al director.

—Á primera vista parece fea, pero en cuanto usted la trate... Además, fíjese usted en las orejas; las tiene preciosas.

Ella se había sentado cara á la luz para que pudiera ser exa-

minada á gusto por el pretendiente, y todo se le volvía poner los ojos en blanco y mover la boca, como si quisiera decir:

—Repárese usted en este lindo juego de boca... Observe usted el movimiento de los ojos... Note usted lo blanca que tengo la dentadura.

El viudo creyó llegado el momento de entablar conversación.

—Señorita—le dijo dulcemente.—Ya conoce usted mis intenciones, que son honestas.

—Sí—contestó ella, bajando los ojos, ruborizada.

—Estoy muy mal así, sin un alma que comprenda á la mía y sin una mano cariñosa que me zurza... ¡Si viera usted cómo tengo la ropa blanca!...

—Es natural.

—Yo soy viudo; tengo 3.000 pesetas de sueldo y una figura no despreciable, aunque me esté mal el decirlo. Con el permiso de usted, voy á enseñarle la pierna.

—No se moleste...

—No me prive usted de este gusto.

Y se subió el pantalón hasta dejar descubierta la pantorrilla. La joven se ruborizó otra vez, porque eran las primeras formas masculinas—exceptuando las de su papá—que había visto en el mundo.

—Quiero que usted me conozca—siguió diciendo el pretendiente—y que yo la conozca á usted. No extrañe, pues, mis preguntas. ¿Edad?

—Treinta y dos años.

—¿Temperamento?

—Nervioso, ¡ay! muy nervioso.

—¿Estado actual de su espíritu?

—Melancólico.

—¿Imaginación?

—Viva y preñada de ideas contradictorias.

—¿Ha amado usted?

—Sí; pero he amado un imposible.

—¿Cómo?

—El obj-to de mi pasión...

—¿Era casado?

—No; pero...

Al director de la agencia le pareció oportuno intervenir en la conversación para aligerar los trámites del negocio, y dijo á Purita cariñosamente:

—Levántese usted para que el señor vea sus *andares*. Tenga usted la bondad de cantarle cualquier cosilla breve para que oiga su voz. Apoye usted la cabeza en el respaldo del sofá para que este caballero pueda contemplarla dormida.

El viudo examinó atentamente á la que iba á ser su esposa. Después reflexionó durante algunos minutos, y sacando las doce pesetas las puso en manos del director, diciendo:

—Queda cerrado el trato. Mañana á la vicaría; dentro de un mes á la parroquia.

Y, efectivamente, antes de los treinta días la señorita de Corvejón daba su mano de esposa al viudo, que hoy anda buscando al director de la agencia... para tirarle por el balcón.

Joaquín Dicenta en la Comedia y Miguel Ramos Carrión en Lara han conquistado el favor del público, que aplaude todas las noches con verdadero entusiasmo el drama *Juan José* y la comedia *El bigote rubio*.

Yo envío á ambos autores y mis queridos amigos mi felicitación sincera y les abrazo de buena fe; no como hacen otros, que les aprietan el cuello en el saloncillo aparentando ternura y lo que hacen es ver si pueden estrangularlos.

Luis Taboada.

★

TODO UN DON JUAN

Noche es ésta de jolgorio en casa de doña Brígida; que, aunque es señora muy rígida, adora tanto el *Tenorio*, que, en su entusiasmo sin tasa por el héroe legendario,

le ha ofrecido un escenario dentro de su propia casa.

Por que más honrado fuera dió á su hija la *Doña Inés*, y entregó el *Don Juan* después á un chico muy calavera,

que en amores era un vándalo de audacia superlativa, pues *donde quiera que él iba iba con él el escándalo.*

Y, en fin, por digno de loa, si bien algo peligroso, halló encargar á su esposo el comendador Ulloa, aunque es un glotón sin par el barrigudo marido, que, hasta en mármol convertido, es muy capaz de cenar.

La hora es ya de la función: el público amigo espera, y allí está la cocinera, encargada del telón.

Don Juan, que ha tiempo se abraza de *Inesilla* en los amores, seduce entre bastidores á la niña de la casa.

Hace los honores de ésta doña Brígida en su puesto, pero sin perder un gesto de los héroes de la fiesta; sobre todo del galán, que así logra, ante testigos, *las damas de los amigos que para casarse están.*

De Ulloa llega el momento; el rapto aquel por sorpresa

le lleva hasta la abadesa del mal guardado convento, y, desesperado, grita aquello de «Mientras vos por ella rezáis á Dios, viene el diablo y os la quita».

Y allí la fatalidad puso fin á la función, en que todo era ficción y sólo el rapto verdad.

Y allí se acabó el jolgorio, pues no se encontró después ni sombra de *Doña Inés* ni vestigio del *Tenorio*.

Que aquella hija de su madre halló en sazón y muy justo dar *aquel plato* de gusto al comilón de su padre.

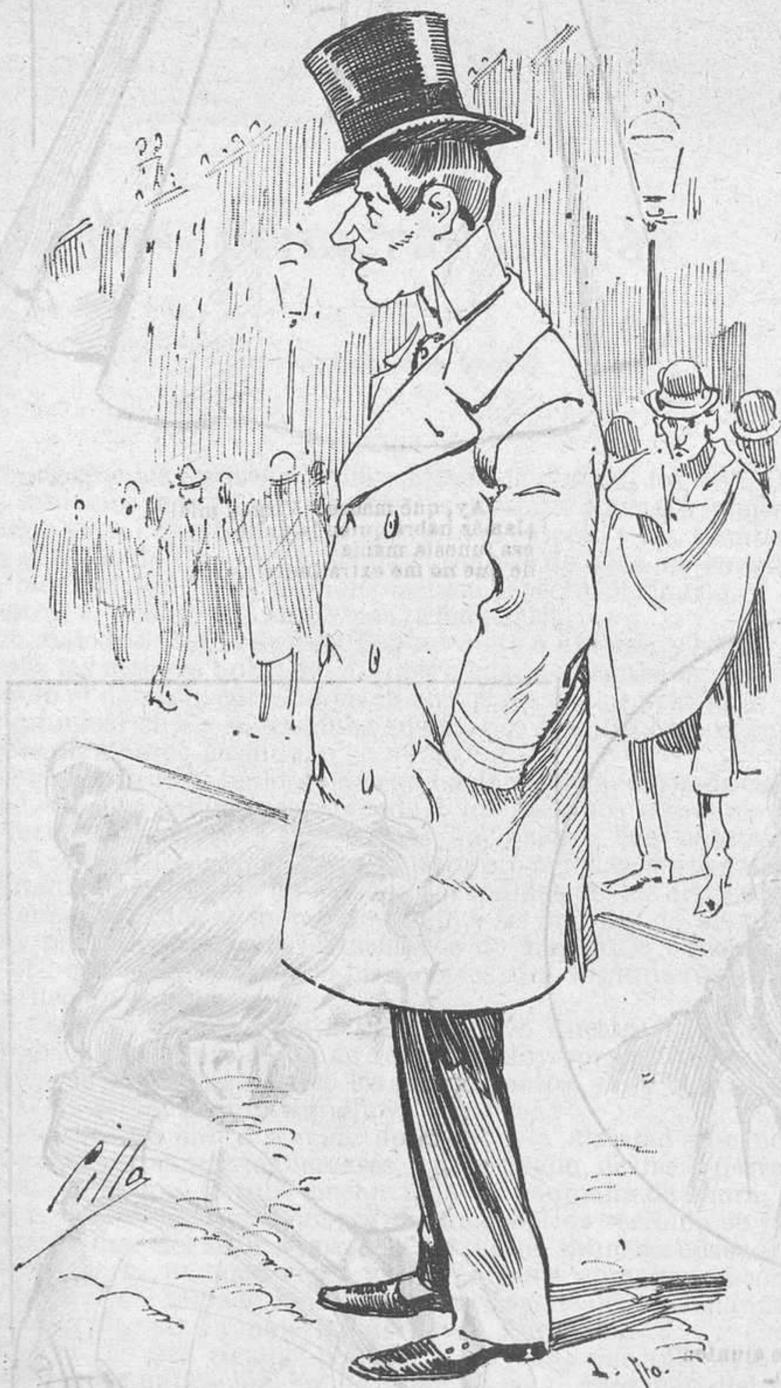
Éste, al fin, fuera de juicio, grita al ver tal abandono: «No; yo á Don Juan no perdono de Dios ante el santo juicio;

que, el papel tomando en serio y huyendo de esa manera, no se ha esperado siquiera al acto del cementerio,

y así me viene á matar como á tal Comendador, ¡ay! ¡sin tener el valor de convidarme á cenar!!»

Eduardo Bustillo.

LA CARRERA



—Cuando yo hacía galanes jóvenes delante del público no tenía ropa que ponerme. Ahora los hago delante de una señora mayor nada más... y estoy hecho una preciosidad materialmente.

Reprensión privada.

Éste era un cochero que se emborrachaba y que por milagro no causó desgracias, pues bebiendo copas y apurando cañas toda la mollera se le perturbaba. Hace pocos días tuvo unas palabras con un polizonte que le echó la garra, viendo que en las calles escandalizaba por haber libado con *exuberancia*. Celebrado el juicio, le costó la falta sobre fuerte multa reprensión privada. Tras de las rutinas que la ley señala, dijo el juez al *reo* con maneras agrias: —¿Es que usted no sabe que al beber sin tasa va comprometido cuando lleva carga? Piense usted un momento que le alquilan para llevar un aviso con urgencia á casa del doctor Fulano, porque la Mengana ya está medio muerta y él podrá salvarla.

¿Quiere usted decirme si tendría gracia que el urgente aviso tarde le llegara? —No pué ser, usía. —Bueno; usted se calla. Vamos á otro caso. Si el milord llevara dentro un sacerdote con la forma santa para algún enfermo que la demandara, ¿no sería inicuo el que á usted sus gracias no le permitieran ir como Dios manda? —No pué ser, he dicho. —¡Calle usted, carambal! ¿Y estaría bueno que si le alquilaran en alguna boda para que á su estancia condujera en coche la pareja amada, yendo usted con una curda soberana, diera usted á los novios contra alguna tapia? —No pué ser, ripito. —¡Dale! ¿Por qué causa? —Porque soy cochero de la Funeraria, y nengún defunto de los que me cargan se me queja nunca ni me dice nada.

Juan Pérez Zúñiga.

¡Por Dios!

Apreciable director, bondadoso don Sinesio, usted que, según la fama, es honrado, y noble, y serio, escuche la triste queja de este desdichado preso, de este infeliz, que le escribe desde la Cárcel Modelo, y ¡ojalá pueda usted al mal poner eficaz remedio! Hace poco, cometí un delito grave, horrendo... *Lo traigo* toda la prensa. Maté á una mujer por celos. La adoraba, me engañó, la sorprendí, loco, ciego, le pegué tres tiros, tres... rasgué con el plomo el pecho de la perjura... es verdad... estoy convicto y confeso: la maté y al verla muerta pasó por mí algo tremendo, grité, lloré como un niño, quise reanimarla á besos... Todo inútil... blasfemé... me rendí... ¡Tal fué el suceso, y la prensa aquella noche lanzaba á los cuatro vientos nuestros nombres, describía la escenal... Yo no me quejo... ¡La pícara información no tiene entrañas ni afectos!... Pero ¿qué le importa á nadie

si yo soy guapo ó soy feo, si tengo la barba rubia y un lunar en el pescuezo, si me gustan los merengues, si me eduqué en un colegio y gasto el cuarenta y cuatro en la medida del cuello?... ¿Qué importa que me afeitase en la calle del Bastero, ni tocase la ocarina recién venido del pueblo? Anteayer me preguntaron ¡y esto es verdad, don Sinesio!... si eran de hilo de Escocia los calcetines que llevo. Ese afán de escudriñar y poner al descubierto *urbi et orbi* las flaquezas, las miserias, los defectos, las amarguras del alma, la santidad del recuerdo, y hasta las deformidades ó las bellezas del cuerpo, del que gime aprisionado en las mallas de un proceso, ni es nada caritativo ni brilla por lo discreto. Haga usted una campaña, mi querido don Sinesio, en este sentido, y Dios la premiará desde el cielo. Como yo no sé firmar, lo hace un señor, á mi ruego.

Por el interesado,
E. Navarro Gonzalvo.

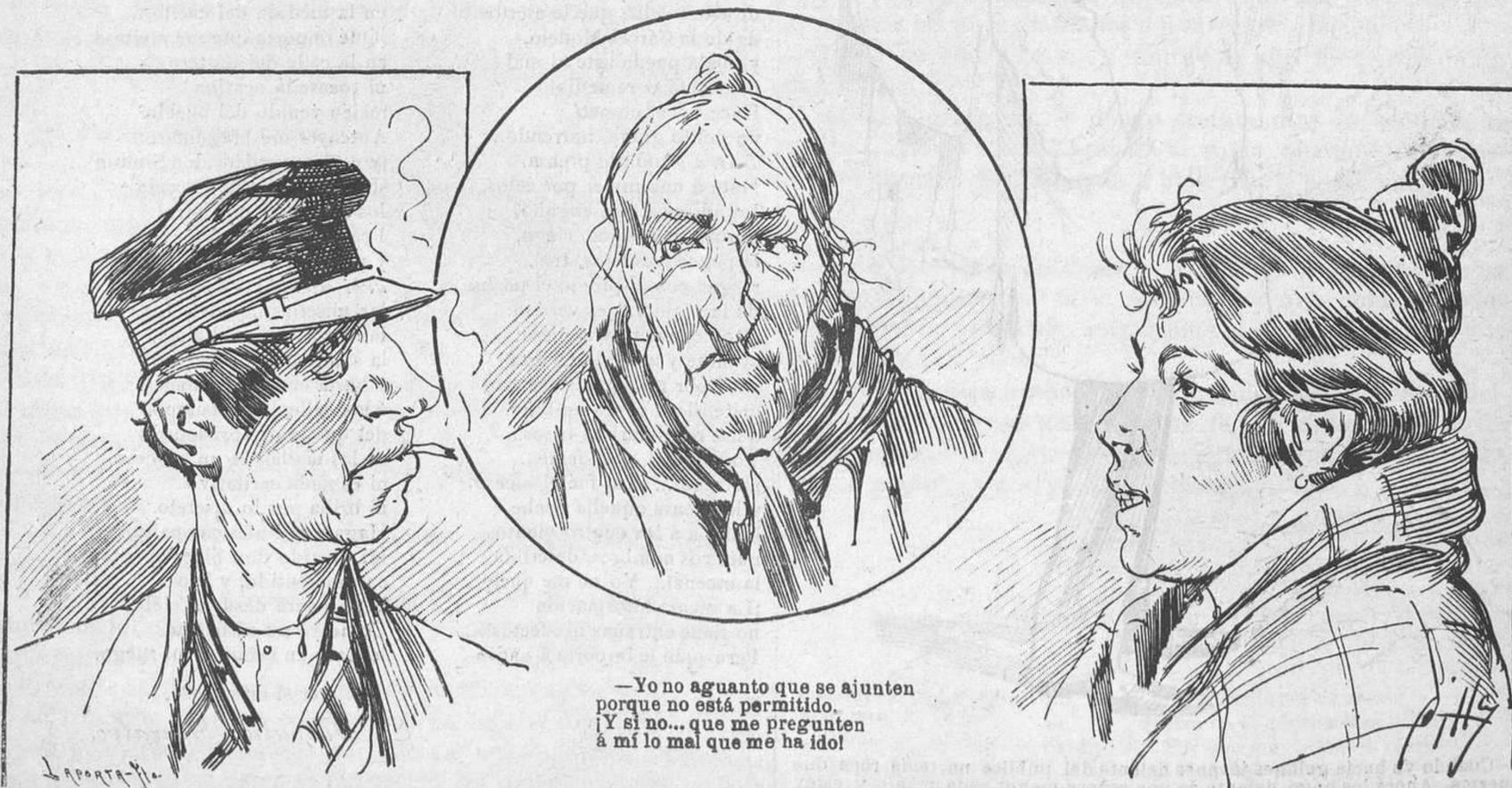
Dos tercetos.



—Vigilaré sin tregua
todos sus pasos,
porque aunque ella es muy buena
yo en estos casos
sé lo que pasa:
¡que si la dejo sola
ya no se casa!

—La mamá me da sudores
con su idea del demonio
de matar nuestros amores...
por medio del matrimonio.

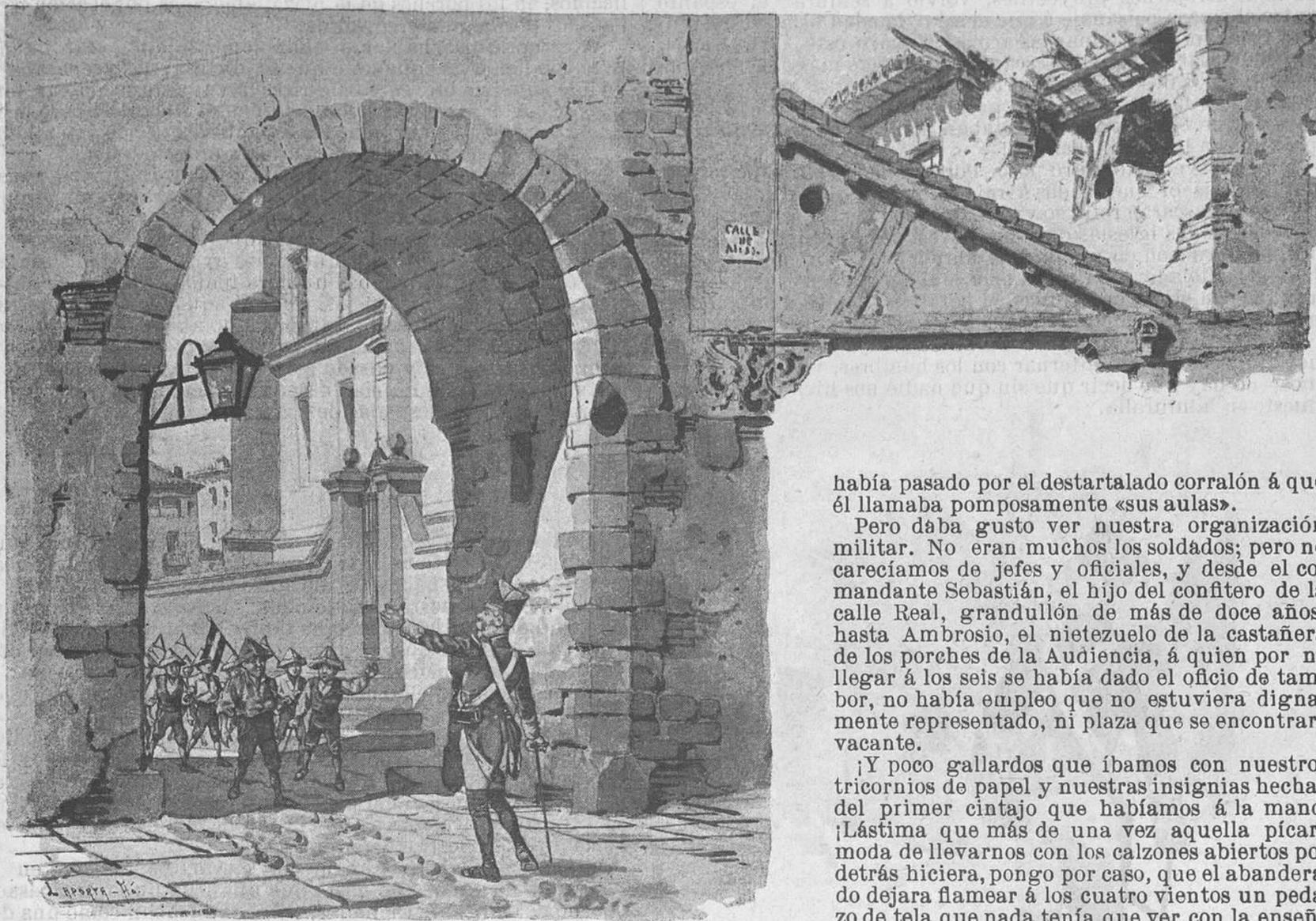
—¡Ay, qué madre! ¡Virgen mía!
¡Jamás habrá quien la quite
esa funesta manía
de que no me extralimite!



—Yo no aguanto que se ajunten
porque no está permitido.
¡Y si no... que me pregunten
à mí lo mal que me ha ido!

—Si la madre no nos deja
pasar un día de campo,
cojo un chisme y se lo estampo
en el cogote à la vieja.

—Andá diciendo mi madre
que no me deja con Pepe
sola... porque no me pierda...
¡A buen tiempo, mangas verdes!



Mis primeras armas.

(EPISODIO DE 1809)

I

Desde que los franceses tenían sitiada la ciudad, los chiquillos sabíamos más de milicia que los mismos soldados viejos. Y era natural. Perdido casi por entero el respeto á las bombas con que sólo de tarde en tarde daba señales de vida el enemigo, la población había cobrado casi su aspecto ordinario, y á nosotros se nos dejaba andar por todas partes.

Lo malo era que la escuela había vuelto á abrirse, y esto nos robaba las mejores horas del día; pero cuando llegaba la tarde, cuando el domine, cansado ya de oírnos mascullar pretéritos y tartamudear supinos, nos daba suelta, nos desquitábamos con creces del tiempo perdido.

Verdad es que el teniente de rey hacía publicar á son de caja bandos y más bandos prohibiendo á los paisanos acercarse á las fortificaciones; pero sus órdenes no rezaban con nosotros, con la gente menuda, que nos metíamos por todas partes, despepitados por admirar las mechas encendidas de los artilleros, por encaramarnos al menor descuido á las cureñas de las piezas y por codearnos con los soldados de Lusitania y Fernando VII, que eran los que con los de otros dos regimientos más guarnecían la plaza.

Y también nosotros habíamos formado nuestro batallón á imagen y semejanza de los de veras, y estoy por decir que, por lo tocante á instrucción, en los movimientos y en el manejo del arma no cedíamos á aquéllos.

Para esto nos había servido de mucho la amistad que nos dispensaba el sargento Clemares, un veterano de las guerras del Rosellón, que llevaba hecha toda la campaña de ahora, y que convaleciendo malamente de una herida recibida en los primeros días del sitio, se pasaba las horas muertas enseñándonos la carga en once voces y haciéndonos aprender de coro los deberes del soldado consignados en las Reales Ordenanzas promulgadas por la majestad del Sr. D. Carlos III.

Eso sí, no era tiempo perdido el suyo. Como hubiéramos puesto tanta aplicación en declinar el *rosa, rosa* ó en distinguir sujetos y regidos en la condenada epístola *ad Pisones*, como la poníamos en tomar á la memoria las penas y castigos en que por un quítame allá esas pajas incurre el más bisoño de los reclutas, no hubiera dicho, como no sin razón decía el domine, que éramos la canalla más desaplicada y maleante que

había pasado por el destartado corralón á que él llamaba pomposamente «sus aulas».

Pero daba gusto ver nuestra organización militar. No eran muchos los soldados; pero no carecíamos de jefes y oficiales, y desde el comandante Sebastián, el hijo del confitero de la calle Real, grandullón de más de doce años, hasta Ambrosio, el nietezuelo de la castañera de los porches de la Audiencia, á quien por no llegar á los seis se había dado el oficio de tambor, no había empleo que no estuviera dignamente representado, ni plaza que se encontrara vacante.

¡Y poco gallardos que íbamos con nuestros tricornos de papel y nuestras insignias hechas del primer cintajo que habíamos á la mano! ¡Lástima que más de una vez aquella pícara moda de llevarnos con los calzones abiertos por detrás hiciera, pongo por caso, que el abanderado dejara flamear á los cuatro vientos un pedazo de tela que nada tenía que ver con la enseña que debía guiarnos en los combates!

Pero ésas eran pequeñeces que no perjudicaban al conjunto, y lo cierto y verdad es que, cuando desembocábamos por los portales de la Chapinería en la plaza, el que más y el que menos estábamos convencidos de que, á dejarnos, Suchet, Macdonald y todos aquellos generalotes en que tanta fe tenía Napoleón no encontrarían tierra por donde correr huyendo; de nuestros fusiles de caña y de nuestros sables de madera.



II

Lo malo era que, las más de las veces, los que acabábamos por huir á la desbandada éramos nosotros. Pero no del francés, sino de nuestras madres ó abuelas, que, cansadas de buscarnos por todas partes, daban al fin con nuestros huesos y deshacían la correcta formación diluviando pescozones y granizando cachetes.

Cuando las cosas variaron de aspecto fué desde el punto y hora en que los franceses, cansados sin duda de aquella situación que no tenía trazas de acabar, resolvieron ponerla término apretando el sitio y acometiendo la empresa, no por cierto difícil dada la escasez de nuestros medios de defensa, de abrir brecha en los débiles muros de la ciudad para apoderarse de ella.

En los primeros momentos, como es consiguiente, el incesante jugar de los morteros, que no se daban punto de reposo

en lo de arrojarnos proyectiles, volvió á sembrar el espanto entre el escaso paisanaje á que el sexo, la edad ó la imposibilidad física impedía tomar las armas, y claro está, no hubo medio de pensar en aquellas escapadas entonces más deseadas que nunca. ¡Poco nos habría divertido ver cruzarse los fuegos de fusilería en la muralla y recoger á puñados las balas «de veras» de que, según decían, estaban sembrados los sitios más próximos á las fortificaciones!

Por suerte aquello duró poco. Por un lado el mismo terror, por otro las órdenes dadas á raja tabla para que, desalojadas las casas, buscaran refugio viejos, mujeres y chiquillos bajo las bóvedas de las iglesias ó en las cuevas de los edificios más sólidos, no tardaron en producir la mayor confusión, á merced de la cual, aflojada toda vigilancia, pudo volver á organizarse, aunque con claros en las filas, el batallón infantil montando de nuevo sus guardias y retenes, sus rondas y rondines.

Pero ya nuestras ambiciones eran otras. Queríamos nada menos que se nos dejara alternar con los hombres, y hasta pedíamos—no hay que decir que sin que nadie nos hiciera caso—un puesto en la muralla.



Por supuesto que el que tenía la culpa de todo aquello era el sargento Clemares. Por el mal estado de aquella condenada pierna, que al fin tendrían que cortar, no se le había dado otra ocupación, en la defensa de la ciudad, que la organización y mando de una compañía de vecinos honrados, y lo que él decía, con aquella colección de carcamales, que el que menos frisaba en los sesenta años, no se iba á ninguna parte.

Por fin los chiquillos teníamos sangre, el que no pudiera con un fusil tiraría piedras, y aquello era algo en una situación en que, por incuria ó falta de inteligencia de nuestros jefes, de lo que más carecíamos era de brazos útiles y de gente que sirviera para batirse.

Porque la eterna manía del veterano era creer que nadie entendía de las cosas de la guerra si no era él, y el burro de que nadie le haría apearse tener por lo más descabellado y falto de sentido cuanto mandaban los generales.

III

Así es que cuando se enteró de que el gobernador de la plaza, para evitar inútil efusión de sangre, había mandado evacuar el convento de Santa Ursula, único punto avanzado con que contábamos, estuvo al filo de perder el poco seso que ya le quedaba.

Precisamente topamos con él en el momento en que nos dirigíamos á hacer los honores de ordenanza, según nuestra propia expresión, á los defensores de aquel edificio, en que no tardaría en ondear la bandera francesa. Sus heridas debían haber empeorado, porque apenas podía arrastrar «aquella condenada pierna»; pero él no se ocupaba de tal cosa. Lo que descomponía sus facciones y llenaba sus ojos de lágrimas era el ver que todo estaba perdido, y que muy pronto, quizá dentro de algunas horas, tendríamos que capitular.

Y lo peor era que la alta fiebre que le abrasaba, en vez de postrar sus fuerzas, le daba un vigor nervioso que le impedía parar en parte alguna, y presa de un delirio que se parecía ya mucho á la locura, increpaba con dureza á los pobres viejos que tenía á sus órdenes, los cuales, rendidos de aquella incesante movilidad que les exigía su jefe, se dejaban caer, desfa-

llecidos, en los porches de la plaza, ahogados por el asma ó molestados por la gota y el reuma.

Al vernos quiso hablar, indudablemente sin parar mientes en la condición de aquellos á que se dirigía; nos preparaba ya una de aquellas breves y enérgicas arengas, que debían tener algo de la concisa elocuencia del general Ricardos; pero la voz se le ahogó en la garganta. Un espantoso griterío, mezclado á no lejanas descargas de fusilería, lo ensordecó todo.

Los franceses estaban dentro de la ciudad. Inútil era resistir por más tiempo. El enemigo, dueño del arrabal, no tardaría en barrer el puñado de valientes que aun se obstinaba en cerrar el paso á fuerzas veinte veces superiores á las suyas.

—¡Adelante!—fué todo lo que oímos gritar al lisiado sargento. Pero como si tal palabra hubiera tenido el poder de galvanizar á aquellos pobres viejos, como si aquel grito bastara para hacernos pasar de un salto de niños á hombres, le seguimos todos á la muralla, persuadidos de que los que habían desmontado nuestra artillería y pasado á cuchillo compañías enteras de aguerridos soldados huirían despavoridos ante nuestros fusiles de caña y nuestras espadas de madera.

IV

Cuando la ciudad se había rendido por entero, un solo punto seguía resistiendo todavía. En el fuerte de San Cristóbal, que era donde nos habíamos encerrado con nuestro amigo el veterano de las guerras del Rosellón, ondeaba aún el harapo, ya acribillado por las balas, que tanto había paseado por las calles aquel alferez que, no porque dejara ondear á veces otro jirón de tela, que nada tenía de común con nuestra enseña, se mostraba menos poseído de su papel que los abanderados de Lusitania y de Fernando VII.

Verdad es que la mayoría de nosotros no habíamos podido hacer otra cosa sino cargar los fusiles para que los viejos los dispararan con pulso trémulo y vacilante. Pero la prueba de que así y todo nuestro heroísmo—aunque sea inmodestia, no hay otra frase—traspasaba los límites de lo natural, estaba en el asombro de nuestros enemigos.

Cuando éstos, no sin trabajo por cierto, penetraron en el fuerte, que no se entregó hasta que una bala hubo traspasado el pecho del sargento Clemares, no se explicaban cómo una docena de viejos y un puñado de chiquillos habían resistido más de dos horas á los héroes de las Pirámides, á los vencedores de Austerlitz.



Y, sin embargo, cometieron una injusticia con nosotros. Cuando la guarnición de la plaza, á que se concedió todos los honores de una honrosa capitulación, desfilaba mustia, pero altiva, dejando sus armas á los pies del vencedor, nosotros sabíamos que en aquellos pabellones faltaba algo: nuestros fusiles de caña y nuestros sables de madera.

Angel R. Chaves.



ESPAÑA CÓMICA.

HUESCA



La imaginación.

Yo no podré vivir con alegría
si me falta algún día
una boquita de mujer hermosa,
zalamera y mimosa
que me llame *lucero* y *alma mía*.

Y como ya se escapa
la juventud, ¡la alegre primavera!
no encuentro fácilmente chica guapa
que por mis propios méritos me quiera.

Puesto que se aproxima
la edad en que se apagan las pasiones,
antes que la vejez se me eche encima
pienso tomar algunas precauciones.

Por ejemplo, aunque pase mil apuros,
he de ahorrar un billete de diez duros,
y cuando, enclenque, escuálido y vejete,
me diga alguna joven que me adora,
¡yo me haré la ilusión halagadora
de que no es al billete!

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS

¡Nol no cabe duda.

Los periódicos han venido durante toda la semana llenos de relatos de procesos. El del cura de Logroño, el del marqués de Nayvé... todo muy interesante y muy dramático.

Lo cual indica ¡ay! que ya no nos fiamos de que dé juego la guerra de Cuba, á pesar de los corresponsales especiales, etc., etc...

¡Claro! ¡como por allá se ha prolongado indefinidamente la estación de las lluvias!

De quien no se ha vuelto á hablar una palabra ha sido del insigne Calixto García.

Súpase, eso sí, que se había despedido cortésmente de sus amigos y conocidos, anunciando que partía para la manigua á matar cuantos españoles pudiera, en agradecimiento de que le habían perdonado á él la vida. Súpose después que nuestros más distinguidos *reporters* habían tenido la honra de conferenciar con él en París, consultándole sobre sus planes de cam-

paña, sin que á ninguno se le ocurriera descerrajarle un tiro, como parecía natural. Y luego .. nada.

Se supone que llegará con toda felicidad, que gracias á él se quedarán sin hijos unas cuantas madres españolas y que cuando, *ad calendas grecas*, concluya la campaña, volverá tranquilamente al seno de su familia y se le reservará hasta entonces su puesto de confianza en el Banco no sé cuál, abonándole, si á mano viene, los sueldos atrasados con los intereses *de demora*... Porque á generosos y á *panolis* no nos gana nadie.

Por fortuna, podemos dormir tranquilos.

Porque véase lo que ha dicho mi amigo Mella, en nombre y representación de los carlistas: «...pero el día de la catástrofe, si el último florón de la corona de Castilla nos es arrebatado, entonces sabremos defenderle de liberales y filibusteros».

Es decir, que aunque parezca que Cuba se pierde, no se pierde.

Porque viene D. Carlos y vuelve á conquistarla en seguida.

Ya ven ustedes que parece cosa difícil. Pues sin embargo... ¡consuela!

Porque tiempo nos quedará siempre para agarrarnos á ese clavo ardiendo.

Los partes de la guerra, gracias á la información diaria y detalladísima, han entrado en una nueva fase.

Ahora se publican, para nuestra satisfacción y efectos consiguientes, las listas de los que abandonan sus casas para engrosar las filas de los insurrectos.

Pero siempre se queda en el tintero una cosa:

Añadir que sus familias disfrutan de excelente salud, y que constantemente demandan á Martínez Campos que distraiga tropas con objeto de hacer tranquilamente la zafra.

Todavía hay por esos periódicos de Dios alguna tortolita inocente que pone el arrullo en el cielo quejándose de que el público español, que protesta indignado de los atrevimientos escénicos de algunos autores compatriotas suyos, se recrea con delectación oyendo las crudezas de determinadas obras francesas interpretadas por Sarah Bernhardt.

¡Caramba! no calumniemos al respetable público.

Si esas crudezas se las dicen en francés y no comprende *pas*, ¿qué sabe él si son crudezas?

En un periódico de provincias se queja un fumador de haber encontrado en un paquete de tabaco picado lo siguiente:

«Un botón, dos tachuelas, una colilla, tres pedacitos de pan, varios pelos, un grano de trigo, treinta y cinco gramos de palillo y una muela con tres raigones.»

¡Y se lamenta el hombre todavía, y á poco más le amueblan la casa!

Porque, bien mirado, hasta la muela es útil. ¡Puede hacerse una sortijal

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. D. V.—Cáceres.—No le escribo particularmente porque en la suya no indica las señas de su domicilio. Puede renovar la suscripción desde que la dejó y se le enviarán los números atrasados.

Casquete.—¿Ovillos? ¡Mire usted, puede que les gusten todavía á los morenitos de la manigua! Pero á los blancos les saben á demonios.

Uno que desea ser algo.—Comprenderá usted que soy desgraciadísimo. ¡Tengo que decir otra vez que no podemos admitir prosa!

Salomón V.—Eso, cuando es nuevo, tiene gracia; cuando es imitación resulta patoso. Y aunque fuera bonito, y original, y cometiera yo una injusticia no admitiéndolo... no creo que fueran á temblar las esferas. Porque algún derecho me han de conceder ustedes para hacer de mi capa un sayo.

Risco.—Hable usted de todo, menos de que el pecho le taladran. Porque de esos taladros nos estamos burlando desde Abril de 1875.

Sr. D. P. L. M.—¡Si señor! ¡pues es claro que me gusta la ideal
Los detalles que anuncia
me parecen de perlas.

Sr. D. E. del C.—Ese sistema estuvo en boga hace mucho tiempo. Ahora ya ha pasado.

Escobilla.—¿Vamos á dejar en paz á los astros? Sí, vamos.

Alhelí.—Disimuladita está la vulgaridad, pero hayla desgraciadamente.

Torquemada.—La frase *yo que tú* está bien y se usa mucho. Significa «si yo fuera tú», «yo en tu lugar». En lo otro que á usted le parece mal, estoy conforme con usted. Pero ¡ay! no lo había leído.

Sr. D. T. P. R.—El asunto carece de novedad y el romance es un poco pedestre.

Sr. D. C. N.—También pecan de vulgares las menudencias. Siento no complacerle con tan triste motivo.

Sr. D. A. T.—Á mí no me pasa lo que á la patrona de usted, porque los entiendo perfectamente, y he podido averiguar dos cosas: que el final es atrevidillo como él solo, y que la forma no es superior precisamente.

Frasquito.—Como bien medidos si están los versos, pero en los sonetos, como en todo lo demás, no hay que concretarse á decir piropos sencillamente.

Ciclón.—Así le llamará á usted su novia seguramente, pero ¡ay! yo no puedo ser tan amable, y tengo que llamarle á usted tonto de capirote, con harto dolor de mi ánima.

Sr. D. C. S. O.—Empieza así el primer cantar:
«Tu amor te solicitó un día
y no me lo quisiste dar.»

Y no hay modo de cantar eso más que en ayunas, para comerse unas cuantas sílabas que estorban horrorosamente.

Zchnatnon.—Siento decirle que... se debe huir de las imitaciones de López Silva. Porque están siempre muy expuestas á caer en la vulgaridad sin gracia.

Sr. D. M. G. S.—Y deploro tener que contestar á usted lo mismo exactamente.

Capitán Pantalla.—Ya daría yo algo por animar á usted, pero ¡caramba! ¡si esos cantares no tienen nada dentro!

Romeritontos.—Lo publicaré, ¡qué demonio! Algo se ha de hacer de cuando en cuando por el verdadero arte.

«Sacrosanta, divina y más lista
es mi novia ¡salero!
y por eso yo la quiero,
y además por ser modista
y yo cajero.»

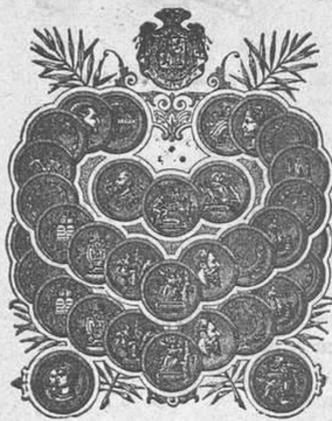
¡Que Dios le conserve á usted el cargo, y le ilumine al hacer las cuentas!

César y Lucas.—En cuanto tenga un par de días desocupados me dedicaré á leer el poema. Si revienta... ¡que no se culpe á nadie de mi muerte más que á Lucas y á César!

Joaquín y Manuel.—Todas se habían publicado antes en este humildísimo semanario.

Un número.—Y... sigue usted sin poder darme las gracias. Pero ¡caramba! no diga usted eso, porque si le publico algo alguna vez, va usted á pensar que es por quitármele de encima.

Crito.—Esos no tienen mucho saliente, pero se ve que usted sabe hacer las cosas.



COGNACS

PURÓS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA SISTEMA A VAPOR CHARENTAIS
7 Grandes Medallas de Oro; 35 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

Tras un estudio profundo sobre la sopa de *gluten*, se averiguó que es de búten y sin rival en el mundo.

LIBERALE Y CALVENTE
Fábrica: Trafalgar, 9.
Venta: principales Ultramarinos.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º